

LOS CUMPLEAÑOS DE LUISA

Contactar con la autora

Volver a la portada principal

Capítulo 3

Pero mi mente fue incapaz de descansar; eran demasiadas emociones en poco rato y una charla demasiado intensa como para que pudiera encontrar tranquilidad suficiente. Y soñé, tuve uno de esos sueños simbólicos que más tarde se recuerdan sin dificultad. Llovía intensamente, caía un aguacero torrencial acompañado del estruendo de los truenos y el resplandor de los relámpagos. En medio estaba yo, asustada, empapada en agua, llenándome del olor de la lluvia fresca y de la tierra mojada. Caía una verdadera cortina líquida que en poco rato se hizo río, un río caudaloso, ancho y profundo, y empezó a inundar cuanto encontraba a su paso, inconmensurable, vivo, turbulento, lleno de remolinos, de vórtices que rotaban en ambos sentidos, dextrógiro y levógiro... Yo me había convertido en uno de ellos, daba vueltas y más vueltas. Qué extraño, no me mareaba. Era fantástico, giraba y giraba alocadamente para poder avanzar. Observaba los demás torbellinos en sus aproximaciones y alejamientos. Extraordinario, qué danza tan vertiginosa, asombroso. Pero no todo era caos en la turbulencia, podía apreciarse cierta regularidad. Los remolinos que giraban en sentido opuesto manifestaban cierta atracción entre ellos, y, tras varios intentos, conseguían acercarse unos a otros; una vez tangentes continuaban interaccionando por la superficie externa. Parecían morderse, atacarse, jugar en medio de la vorágine y, finalmente, acababan fusionándose para formar un único vórtice de tamaño superior que a su vez marchaba arrastrado por la corriente hasta toparse con otro, y así sucesivamente...

Los opuestos se devoraban entre sí generando uno nuevo. En cambio, los que giraban en el mismo sentido no mostraban atracción, y, si por un casual llegaban a encontrarse, la fricción provocaba en ellos repulsión, con lo cual salían rebotados. Tras alejarse, en su movimiento caótico, volvían a encontrarse, provocando un nuevo distanciamiento, hasta que el impulso era lo suficientemente fuerte como para alejarlos de una vez por todas, o encontraban en su camino otro remolino de giro opuesto y terminaban siendo engullidos... Yo misma, como vórtice que era, jugaba a los encuentros y en ellos sentía una honda emoción cada vez que se producía la fricción. Me estremecía con el riesgo del acercamiento, remolino por aquí, remolino por allá... Impresionante, engullir o ser engullida, chocar con otro igual y salir repelida. Así andaba yo, en sueños, cuando uno enorme se me tragó para arrastrarme a

continuación hacia un fondo inexistente. Y con esa sensación tan habitual de caída en que suelen terminar las pesadillas desperté, hallando la calma nada más verme al lado de mis amigas...

La luz de la habitación había disminuido notablemente, eran ya los últimos rayos del día que se filtraban por la persiana bajada. Nos había pasado la tarde sin enterarnos de que existía el tiempo... Emilia salió de la cama, y, de pie, me sorprendió:

-Querida Leo, sería una injusticia que después de tanta teoría nos separásemos así, nosotras en la gloria y tú en los infiernos. Mientras dormías profundamente, Luisa y yo hemos preparado algo que no te decepcionará. No hay problema alguno, el marido de Luisa está de viaje, con lo cual todo se junta para que podamos celebrar tu ceremonia de iniciación en los misterios del gineceo. Es inútil la resistencia. Esta va a ser tu gran noche, Leo. Nuestra mejor noche, cariño, para ti y para nosotras. Para las tres.

Se la veía autoritaria, segura de lo que estaba diciendo. A sus espaldas, Luisa sonreía cómplice, y yo, de media pieza, adormilada todavía, fui incapaz de contestar o imaginar siquiera qué podían haber estado tramando. Emilia dio dos palmadas con cierto aire de matrona, mayestática, y Luisa acudió para colocarse a su lado. Tomándome cada una de un brazo me levantaron sin brusquedades. No pude resistirme a sus miradas y obedecí, dejándome conducir hasta el baño. Las dos estaban radiantes. No puse impedimento, aunque, por sus ojos pícaros y maliciosos, intuí que se trataba de alguna pequeña perversidad. Mi sumisión pareció envalentonarlas. Un silencio expectante reinaba en toda la casa. Las tres estábamos tensas.

Pero no fueron más que unos instantes de indecisión. Un sonoro beso al alimón en cada una de mis mejillas quebró el silencio y las tres rompimos en risotadas hasta liberar por completo la tensión interna. Ellas andaban visiblemente emocionadas, tenían los ojos húmedos y mostraban una sonrisa agridulce.

El baño de la casa de Luisa era enorme, tenía una gran piscina circular en el centro. Me metieron en ella y yo las dejé hacer mansamente, como si fuese una víctima propiciatoria camino de su sacrificio. Eso les dio valor para seguir adelante con sus planes. Nos pusimos las tres dentro del círculo y Luisa soltó el agua, ni fría ni caliente, tibia, apetecible para el tiempo; después añadió un espumante aromático. Emilia hizo ademán de sujetarme por si intentaba escapar, aunque no hacía falta en absoluto. Cuando menos podía esperarlo, tan alelada estaba, me desnudaron al alimón, retirando a medias los tirantes de mi bañador negro.

Siendo justa de carnes sin llegar a delgada y con una silueta agradable, podría haberme sentido molesta por el complejo que siempre he tenido de mis pechos, más bien exagerados, algo desproporcionados con el resto del cuerpo. Nunca me ha gustado enseñarlos, ni siquiera a otras mujeres. Me hacen sentir ridícula, no puedo evitarlo. Con los hombres, la oscuridad había sido hasta

entonces mi aliada. Sin embargo, en esta ocasión fue distinto. Me sentí aliviada, igual que si hubiera soltado algún tipo de lastre. Emilia se quedó mirándolos como embobada. Después, para mi sorpresa, comenzó a palparlos, pero una mirada inquisidora de Luisa bastó para que retirase sus manos de inmediato. No hacía falta, para mí fue el anticipo de una delicia inminente.

Nos hallábamos las tres cogidas por los hombros y yo desnuda en medio de ambas; era como vagar por otro mundo. El agua subía de nivel, rompiendo la quietud con su murmullo. Entretanto, Emilia desnudó a Luisa, y después Luisa hizo lo mismo con Emilia. Las tres nos tumbamos en el agua crecida, había sitio para todas y aún sobraba. No recordaba una sensación de bienestar semejante. Me vi llena de una paz interior casi mística, de claustro monacal.

Luisa cerró los grifos y así volvió el silencio, sólo interrumpido por leves chapoteos. Había un ambiente de cripta, o al menos, a mí me lo parecía, como los del Colegio durante las ceremonias de las flores durante el mes de mayo. Una atmósfera de solemnidad o acontecimiento importante, y en esta ocasión, yo era la catecúmena. Sin embargo, en el estado de relajación que me encontraba, cualquier inquietud o temor ante lo desconocido resultaron ajenos para mí.

Cuando más ensimismada estaba, ellas se pusieron de rodillas y empezaron a bañarme como si aún fuese una niña. Sus manos me recorrieron el cuerpo con tan poco pudor como excesivo cuidado, haciéndome sentir alguien importante. Cómo me miraban con sus sonrisas cómplices, sin quitarme los ojos de encima. La espuma aromática incitaba a seguir la llamada del placer. Y ellas, tan almibaradas, una a cada lado, pasando y repasando sus manos. Qué estremecimientos provocaron en mi interior, qué impresión de peligro y de andar bordeando el abismo de sus pasiones recién encontradas me causaron, las tres compartiríamos el mismo secreto...

Me dieron la vuelta para atender mejor las particularidades del dorso. No hubo rincón de mi piel que ellas dejaran sin recorrer con sus dedos traviosos, pues se detuvieron indulgentes disimulando un suave masaje allí donde mayores emociones suscitaban... Tolerando sus cortejos me hicieron sentir una diosa, una diosa a la que ellas estaban dando culto, el culto de lo femenino... Y, aunque era plenamente consciente de que sólo se trataba de una primicia de cuanto podría venir después, ya me sentía más que pagada. Si todo hubiese terminado allí, para mí ya habría valido la pena. Verme obsequiada y mimada de aquel modo era más que suficiente, mucho más de cuanto mi pobre autoestima podía exigir.

Una vez estuve limpia y perfumada pasamos a atender a Luisa, y así pude conocer lo gratificante que resultaba deslizar las manos sobre su cuerpo en eclosión. Luisa embarazada, con el vientre pletórico como una masa de pan en fermentación nocturna. Qué delicia dejar resbalar mis dedos sobre su piel, mujer sobre mujer. Lo que hasta ahora me había perdido. Qué suavidades, qué senos, aún más desarrollados que los míos, incitadores. Qué oscuridades las de

sus ápices, hubiera hecho como Emilia, devorarlos, y a punto estuve de perder la compostura. Pero Luisa mostraba un rostro tan lleno de inocencia y felicidad que me frené. Sin embargo, enredé con ellos cuanto quise y nadie dijo una palabra. La palpé donde y cuanto se me antojó sin recibir por ello ningún reproche. Me hirvió la sangre, deseé a la mujer, comprendí entonces el disloque sufrido por Emilia a causa de aquel vientre tan fecundo, por Luisa en metamorfosis, como una reina de la fertilidad, con todo su encanto multiplicado. Mis ojos se abrieron a una nueva realidad que llamaba a disfrutarla y las manos despertaron de su ignorancia para acariciarla. Hasta entonces había sido ciega y manca, me dije. O, peor aún, ignorante de las excelencias de lo femenino...

Cuando terminamos con ella, le tocó el turno a Emilia. Primero se recogió el cabello, aún estaba más tentadora así. El pecho, liso, sin más detalles que dos botones estirados sobre sus leves prominencias, suavemente sonrosados. Se recostó y empezamos a perdernos en carantoñas sobre ella. Qué diferencia respecto a Luisa, falta de mallas, con la osamenta insinuada por todo. Sin embargo, yo la encontré encantadora, con su propio sello. La recreamos igual que antes hizo ella con nosotras. De pronto, me acordé del detalle lampiño de Emilia y fui directa a palparlo. Se me había pasado por alto, antes ni reparé cuando se desnudaron, su entrepierna totalmente limpia de cualquier pilosidad, delicadamente lisa y aniñada. Bajo el agua, percibí a través de las yemas de los dedos el pronunciado relieve y su primorosa consistencia, sus salientes, sus entrantes... Y ella, como si nada, perdida en delicias, con los ojos entornados, se dejó llevar. Sentí ansias de ver su calvero y acariciarlo a la luz. Podría penetrarla con los dedos, sí, qué diría ella. No, no era aún el momento. Ellas me lo recriminarían, se rompería el encanto de nuestros candores aparentes. Era mejor dejarlo, ya vendría una ocasión más adecuada. Aun así, qué tentaciones, qué esfuerzos para contener mis ímpetus. Tanto me aguijoneaba la curiosidad que no pude evitar abrir sus labios y sentir el tacto disgregador de las partes más blandas y delicadas, cálidas en comparación con el agua tibia, maceradas por la humedad. Ante aquella audacia mía, Emilia se volvió discretamente de espaldas para salvar la situación. Qué compromiso, me veía entusiasmada, qué habían tramado para mí aquellas perdidas, o para las tres a la vez...

Todo fue un ritual sin norma, una verdadera ablución, una purificación de nuestros cuerpos para la ceremonia que vendría después. Casi al estilo pagano antiguo, pensé. Sí, mi cabeza estaba ahora tan ligera que hasta podía viajar a través del tiempo. Las vestales romanas debían hacer algo parecido dentro de los templos antes de officiar la liturgia de sus cultos a los astros y a las viejas deidades. Realmente me sentía una de aquellas vírgenes, no notaba la pesantez de mi cuerpo ni era consciente del paso del tiempo. Me hallaba fuera del dominio de las dimensiones físicas...

Al alzarnos para salir del agua no me perdí el detalle que ansiaba contemplar, el sexo imberbe de Emilia. Apenas visible por hallarse ella de pie, aun así resultaba una verdadera maravilla. La espuma juguetona comprometía las estribaciones de su monte de Venus, pues, al resbalar, cubría por aquí lo que destapaba por allí. Las pompas de jabón, llenas de irisaciones, eran su mejor adorno. Extraordinario, se fueron deshaciendo poco a poco, como mis ilusiones de verlo completo en su desprotección. Tuve que apartar la vista para disimular, no quise parecer grosera y excesivamente curiosa a sus ojos, ni romper el encanto de nuestras ingenuidades...

Me secaron gentilmente con tanto primor y la misma impudicia con que me bañaron. Emilia se adelantó para sacar provecho de mis senos, una perdición para ella, era evidente. Resultó delicioso, descomponedor, me hicieron derretir por dentro y por fuera. Luego les tocó el turno a ellas, las tres de pie, juntas, la piscina vaciándose y haciendo ruido de desagüe, nosotras riéndonos de los bufidos, envueltas en las toallas, jugando a enrollarnos con ellas, las tres en una sola. Después, resultó dificultoso deshacer el refajo. Emilia se envolvió como una momia y luego, al tirar nosotras del extremo, se puso a girar como un trompo. Qué barbaridad, qué risotadas soltamos. Fue todo un escándalo, parecía que estuviésemos todavía en el Colegio de las Teresianas...

Y, aunque relajadas, por dentro sufrimos la tensión de estar viviendo algo trascendental, comprometido, incluso peligroso. Yo era la más ignorante de todo ello, tan despreocupada como siempre, aunque ahora, algo menos. Finalmente, Emilia rompió el silencio. Desde que se inició el baño ninguna habíamos soltado una sola palabra, únicamente risas, risitas y risotadas:

-Bueno, chicas, ahora debemos vestirnos adecuadamente para la ocasión, y como nada estaba previsto, habrá que invadirte el armario. A ver qué nos puedes prestar, Luisa. No lo dejaremos vacío, no te preocupes, sólo unas naderías para enamoradas.

Su tono y sus palabras lograron impresionarme. Soy fácilmente influenciable, aunque los cambios de opinión suelen durarme poco. Qué estarían tramando, me preguntaba yo mientras tanto. “Mi iniciación en sus gozos de mujeres, no podía ser otra cosa”, me dije. Quedé sola allí mismo, esperándolas en el baño. Confieso que sentí miedo en un primer momento, pero no tardé en recuperarme y volver a mi estado anterior, justo cuando volvían ellas con cuatro trapos en las manos. Las muy pícaras no me dejaron acompañarlas. Fui tonta de dejarme, siempre obedeciendo. Cuando lo pienso... Acabamos hechas tres pingos, pero ese día fue otra cosa, nos vimos como tres sacerdotisas del amor exclusivamente femenino. Por supuesto, no tuve que mover un dedo, ellas lo hicieron para mí, por eso cedí en todo. Realmente, me vencieron a la primera con sus palabras, con sus galanteos, con sus miradas, pues eran más expresivas que cualquier discurso, por retórico que éste fuese. No podían faltar las medias, las tres con medias. Yo blancas, Luisa negras,

Emilia rojo Burdeos. Yo una especie de enagua corta, una faldilla de encajes transparente, suelta, también blanca, como los guantes de gala, en terciopelo. “¿De dónde los habría sacado Luisa?”, me pregunté. Esperaba que protegieran de algún modo mis abundancias, pero quedé defraudada y desvalida, sólo me ciñeron a la cabeza un pañuelo de seda... ¡igualmente blanco! para recoger algo mi melena corta y castaña, algo ondulada de natural. “El color de la pureza”, pensé. Ya era hartamente evidente que a mí me había caído en suerte jugar el papel de la doncella.

Luisa se aplicó una especie de canesú ligero en seda negra, abierto por delante, como para disimular su preñez. Eso sí, lucía unos buenos pendientes de plata, el metal de la Luna, por tanto, de la mujer, igual que Emilia, plata colgante también en sus oídos, en mala hora la más tapada de las tres, con un *body* travieso lleno de transparencias, alto en los muslos y hasta con vuelos, pero aun así molesto para mis ansias de ver lo que hacía menos visible, yo desprovista y ella tapada, qué contrariedad... Me estaba quejando de vicio, qué más podía desear, si tenía a las dos sirviéndome en todo y para todo. Aun así, me dio coraje, porque Emilia pidió entonces que la peinásemos. La verdad es que su pelo y ella misma lo merecían. Y yo con guantes, menudo castigo. Tuvimos que hacerlo, Luisa y yo, soltarle la melena, cepillarla, montársela recogida con gracia, una especie de moño atrás y el cabello bien tirante por la delantera, como les gustaba a nuestras abuelas. Quedó guapísima, para mí irresistible, que estaba sufriendo en medio de la alegría... Sus ojos claros me fascinaron entre horquillas disimuladas y moldeados, nunca los había visto así. Sentí su llamada de fuego encendiendo mi corazón sin remedio. Era pasión lo que estaban despertando en mí, pasión por la mujer, incierta y desconocida... Volví a sentir miedo, esta vez más agudo e intenso. Noté cómo acariciaba mis pechos desnudos con sus ojos ansiosos. Me estremecí, percibí el precipicio al lado mismo y su llamada ineludible...

Luisa se dio cuenta y me distrajo. Ella estaba tan segura del efecto de su atractivo que para apartar mi atención me besó a hurtadillas, y así siguió, comprometiéndome, hasta que terminamos de peinar a Emilia. Una vez quedamos listas me llevaron otra vez al salón, escenario de sus recientes diabluras. Llegamos las tres cogidas de la mano, yo en medio, parecíamos trillizas. Luisa desenrolló la alfombra central, que estaba recogida para el verano, y la extendió por completo. Emilia le ayudó, pero a mí no me dejaron colaborar, puesto que yo era en esos momentos para ambas su mirlo blanco. Luego hicieron que me sentara sobre la superficie recién revestida.

-Espera un momento, cariño. Quédate aquí, que ahora mismo volvemos contigo.

Mientras estaban ausentes, aproveché para cambiar la postura inicial, que se me antojó poco delicada. De rodillas, apoyé las nalgas sobre los talones, estirando el empeine de los pies, al estilo oriental. Resultaba más adecuado y discreto que antes, más a tono con la situación, diría que hasta más femenino.

¡Qué sorpresa me dieron al regresar con lo que no podía esperar ni por asomo! Nada menos que un par de fuentes llenas de fruta, galletas surtidas y champán frío. Tan metida estaba en aquella situación que hasta había olvidado el hambre. Ciertamente, era tarde, la medianoche no debía andar lejos. Pero mis amigas se estaban desviviendo por mí, el resto resultaba irrelevante.

¡Qué escenas tan derretidoras se sucedieron a continuación sobre aquella alfombra persa! ¡Con qué demostraciones de extremada exquisitez me regalaron y nos regalamos las tres! Antes me bañaron, me secaron y me vistieron, y ahora me alimentaron sin yo pedirlo. Afanándose las dos por hacerlo se sentaron a mi lado y empezaron con las galletas. No, no me dejaron ni tocarlas siquiera, sólo tuve que abrir la boca y tomarlas poco a poco de sus propias manos. Pacientes, ellas esperaron a que las fuese masticando. Yo dudaba de a qué lado y a cuál de las dos mirar, pues también se las estaban ofreciendo una a la otra. Las había rellenas de chocolate, otras con su guinda en medio, horadadas, de barquillo, rollitos, tan crujientes, de vainilla, tan gansas, de coco, todas del mejor surtido. Pedí champán, tenía la boca reseca. Llenaron mi copa y ellas la suya. A continuación, brindamos con entusiasmo:

-Por ti, querida Leo, por nosotras. Por las tres amigas de ayer, de hoy y de siempre. ¡Salud y amor! Por la mitad femenina de la humanidad.

-Por nuestra superioridad -añadió Luisa.

Yo, que nada dije, bebí primero pasando mi copa debajo del brazo de Emilia, entrelazándonos como si estuviésemos en pleno banquete nupcial. Estaba exquisito, frío y en su punto. Con el gesto, nuestros ojos volvieron a encontrarse de nuevo. Sentí otra vez su mirada punzante, atravesándome. Percibí sus fuegos, pero Luisa le había exigido contenerse. Primero eran los preludios, el ritual. Luego, cambié de par. Qué diferencia, la mirada de Luisa, mucho más blanda y comprensiva. Sus aires de radicalidad no eran sino apariencias para protegerse, así que bebí de nuevo y mis ánimos se redoblaron. Después, vinieron ambas para situarse frente a mí y pasamos a las frutas...

Imposible imaginar una pillería semejante, quién lo hubiera pensado. Aprovechando que llevaba el pelo recogido y mis oídos quedaban libres con el pañuelo blanco a modo de diadema, me colgaron varios pares de cerezas como pendientes, por eso a mí no me pusieron plata en ellos. Una vez tuve compuestos los oídos de modo tan imprevisto, empezó lo bueno. Se me acercaron y empezaron a mordisquear las cerezas, y después mis lóbulos, haciendo como si fallasen en el intento de dar con los frutos, una por cada lado. Qué estremecimiento vital experimenté, qué corrientes agradabilísimas empezaron a recorrerme el cuerpo al contacto de sus labios cada vez más osados. Descendían desde el cuello hacia la espina dorsal, a lo largo de los brazos y de las piernas, después se concentraron en los pechos, en el plexo solar y en las puntas de los dedos de las manos y de los pies. Qué cosquilleo electrificante al huir del cuerpo hacia no sé dónde, como si por allí se me fuesen las fuerzas, mientras con sus bocas húmedas continuaban jugueteando con mis

orejitas. Qué exceso de fantasía femenina, todo delicadeza. Cómo se entretuvieron sin soltar prenda. Y yo, despertando a su juego, enfundada en los guantes, sentí la necesidad de tocarlas, de acariciarlas, pero tuve que resignarme. Me estaban vedadas, lo mío era la sumisión, la femenina sumisión, así que cerré los ojos para centrarme mejor en mis sensaciones. Emilia se soltó de mí primero, y después lo hizo Luisa. Se miraron satisfechas tras constatar los delirios y las impacencias que habían logrado provocarme. Luego pasaron a las fresas. Emilia tomó una entre los labios y se la mostró a Luisa. “Golosina vegetal sobre golosina animal”, pensé. Frente a frente, acercaron sus bocas y se partieron medio fruto para cada una. En la tangencia se encontraron, y, acarameladas, confundieron sus besos con la masticación de la fruta...

Ahora me tocaba a mí, así lo hicieron entender con un gesto. Emilia de avanzadilla, qué emoción, por fin nuestros labios se encontrarían. Y lo hicieron, acompañados de sabor a fresa. Qué primor, Emilia ya podía disponer de mí y yo de ella, pero sólo los labios afrutados. Qué diferencia de los labios masculinos, sin barbas pinchosas ni pieles abrasivas, todo suavidad. No me hubiera soltado de los finos labios de Emilia, pero tampoco podía negarme al ofrecimiento de los de Luisa. Qué contraste, crecidos durante la gestación, y, ciertamente, no tan delicados como los de Emilia. Pero con Luisa colaboré en un detalle que ellas no habían previsto. En vez de compartir la fresa a medias se la tomé entera ayudándome con la lengua a modo de cuchara y luego se la devolví tal cual. Le encantó mi travesura, así que nos la fuimos intercambiando. Emilia vino entusiasmada a participar y así la seguimos pasando de una a otra hasta que, finalmente, Luisa se la tragó. Estallamos en risas. Luego, Emilia empezó otra ronda. Ahora fui yo quien se la comió, después siguió el resto de las fresas, hasta que las terminamos. Entonces llegó el turno de las uvas de Corinto, estaban en sazón. Resultó delicioso ir pasándolas de labios a labios, de una mujer a otra mujer. Fue como un sueño, pero real. No podía ser tan maravilloso, pues lo era, las tres íntimas jugando con las brasas de nuestras pasiones femeninas, al abrigo de los hombres, solas, no necesitábamos de nadie más...

Después vino más champán y seguimos con más galletas, que lo importante ya no era el hambre ni la sed, sino saciarnos de nosotras mismas, libres del deseo de la posesión y demás simplezas masculinas. No podíamos caer en sentimientos tan primarios, ni nada nos hubiera parado, estábamos embaladas. En medio de la confusión, Emilia aprovechó para decirme al oído que se moría de ganas por poder disfrutar de mis pechos, que los tenía tan sueltos, tan libres y disponibles: “Déjame disfrutar de lo que yo carezco, Leo, son dignos de admirar. Cómo me gustan, Leo, parecen hablar. Míralos, al moverte, unas veces se balancean los dos hacia el mismo lado. En otras, cada uno se va por su cuenta, pero están condenados a vivir juntos para siempre. Sí, Leo, no tienen la firmeza de los de Luisa y casi que se los ve lánguidos, pero tienen su gracia. Lo que te falta allí, te sobra aquí. Por eso son dos monumentos,

y aunque tengas complejo de ellos, te hacen desear, Leo. Me están volviendo loca. Dirás que no hay motivo para tanto, que me estoy comportando como una lela, pero no puedo resistir más sin gozarlos, Leo, me tienes encandilada...”

Pese a su tono íntimo y discreto, Luisa se percató de los susurros de Emilia. Tan encendida estaba la larguirucha conmigo que alzó la voz más de la cuenta y se enteró la otra. No sabría decir cuál de las dos ardía más, porque Luisa se prendió entonces de uno de mis senos, el de su lado, y Emilia no desperdició la ocasión para hacer lo mismo con el otro, haciendo de mí una nodriza doble en plena acción. Por vez primera estaba orgullosa de ellos, así que no pude hacer otra cosa sino acariciar a ambas con las manos revestidas de terciopelo y apretujarlas contra mí, lo demás, lo sentí en las profundidades más abisales de mi ser. Nuevo intercambio de estremecimientos, tenía el cuerpo hecho un marasmo con sus intrigas. Cómo empujaban las dos, con qué denuedo me succionaban ambos pezones, parecía que pretendiesen engullirme toda la abultada masa dentro de sus bocas, minúsculas en comparación. Qué ecos gozosos, qué idas y venidas de corrientes placenteras me recorrieron el cuerpo de parte a parte. Jamás un hombre me había hecho disfrutar de un modo semejante, ni siquiera parecido. Aquello no guardaba relación alguna con las discretas tibiezas que hasta entonces me habían dado ellos, si es que alguna vez llegué a enterarme. Aquí y ahora no había egoísmos, ni prisas, ni brusquedades, ni pieles curtidas o indelicadezas, sólo entrega absoluta por parte de las tres, que más femeninas no podíamos estar, tan tiernas y asequibles, deslizándonos a nuestras anchas por la senda de las debilidades recién descubiertas...

Qué tacto tan comprometedor, el de sus labios ávidos contra mis antenas vivas de los remates. Qué respiraciones se oían, las tuyas y las mías, tan alteradas. Todo el volumen de mis senos estaba reluciente de humedades. No podía más, me estaba desmoronando por momentos y pensé que se trataba de un mareo. Qué candidez la mía, era la agonía de mi cuerpo a punto de estallar con tanto placer. Creí que no lo resistiría, pero ellas no daban tregua. Me faltaba el aire y la vista iba nublándose, mis sentidos ya no eran fiables. Una riada de gozos sacudió mi cuerpo en plena efervescencia. Desde la raíz de los cabellos hasta las puntas de los pies me contraje en espasmos gloriosos como un ajusticiado... Qué convulsiones, pensé que no iban a cesar jamás, y encima, en medio del cataclismo, ellas redoblaron sus ímpetus. Supliqué que me dejaran en paz, grité varias veces “¡basta!”, y sólo entonces se soltaron a regañadientes, tal vez para poder contemplarme en aquel estado caótico, orgullosas de haber sido capaces de catapultarme a semejante deliquio...

Caí de espaldas, extenuada y fuera de mí. Resultó maravilloso, jamás imaginé que la mujer fuera capaz de inducir en la mujer tamaño derretimiento de una manera tan simple...

Emilia se acercó entonces con su cara radiante de felicidad:

-¿Ves, tonta mía, la sensibilidad que hay escondida en este par de cuencos de amor? Y tú, que te avergüenzas de ellos, disimulándolos bajo

jerseys amplios o camisas sueltas... ¡Ay, amor! ¡Cómo sois las mujeres, cuando sólo pensáis en los hombres!

Tenía toda la razón del mundo, y para aliviar su recriminación, se acercaron las dos a darme un casto beso en cada mejilla. Sí, ahora ya formábamos un triple matrimonio. Yo andaba recuperándome de sus distracciones y ellas me contemplaban, adornadas con sus prendas casi inexistentes. Luisa exhibía un vientre enorme y dos pechos en competencia con los míos al suave roce de su canesú, que apenas ocultaba nada. La densa y exuberante velloidad de la entrepierna, como un aplique más de su cuerpo, realizaba la seda negra y las medias. Se la veía tan arreglada como si hubiese pasado por una sesión de peluquería. Justo al lado tenía a Emilia, la más deseada por mí y la menos desnuda de las tres. Hasta su peinado la hacía más apetecible. Le daba un aire de madurez, de madre múltiple. Sí, exaltaba su feminidad, con la frente despejada y adornada de algunos pliegues incipientes. Los ojos finos y vivos, la nariz afilada y los labios apenas pronunciados. Todo era justo en ella, hasta para ocultar lo que yo más anhelaba contemplar: la desértica desnudez del monte de Venus y su bizcochito de niña grande...

Mientras recuperaba lentamente el tono vital no me perdí un solo detalle de ninguna de las dos. En realidad, no nos quitábamos el ojo de encima. Formábamos un trío de amantes en el interludio de nuestras correrías amorosas, sólo estábamos dando tiempo a las que aún estaban por venir. Inesperadamente, Emilia me sorprendió sugiriendo que hiciera cimbrear mis pechos desnudos. “Concedémos ese privilegio”, dijo, “danos ese capricho, Leo, vaaa”. Me quedé cortadísima, casi paralizada. Luisa me indicó cómo hacerlo alzando sus brazos y ladeando el tronco. “Mira, Leo, asííí”... Con qué pereza lo hicieron dado su peso y volumen enormes. “Va, ahora tú, Leo, que los tienes majestuosos y ya se te ha ido el efecto de la anestesia”. Qué graciosas, comenzamos a reír de nuevo las tres. Tras un momento en que no me decidía, solté mis tensiones e imité a Luisa. Pues tenía razón, más ligeros y sueltos daba gusto verlos cómo se movían. Ellas disfrutaron, y yo también. Qué escandalera armamos, incluso me volvieron las fuerzas en cuestión de instantes. Y así, descocada y desconocida, acumulé valor suficiente para sugerirle a Emilia:

-Está bien, queridas mías, ahora me toca a mí el turno de las peticiones. No me lo negaréis después de haberos dado gusto en todo, así que... Emilia, vas demasiado vestida. Quítate el *body*, por favor...

-Quítamelo tú, cariño, si tanto te apetece. Hazlo tú misma, Leo, yo no tengo arrestos suficientes para hacerlo sola. Sólo has de tirar de un lazo y se deshará como una ilusión óptica, querida. Se disipará como un espejismo, querida. Pero, recuerda, sólo te lo permito una vez, tienes que acertar a la primera. Únicamente uno de los lazos desprende toda la prenda. Si te equivocas, no sucederá nada. Deshaz tú misma el nudo gordiano y descubre mi piel desnuda, Leo. No lo olvides, solo un intento o te estaré vedada. Si fallas,

seré el fruto prohibido de nuestro paraíso. Que tengas suerte, cariño, mucha suerte. Porque nada me hará más feliz que satisfacer tu capricho...

-Demuéstrale lo que vales, Leo -me animó Luisa.

Me incorporé para sentarme y Emilia comenzó entonces a moverse a mi alrededor. Su *body* tenía varios lazos: arriba en la espalda, en los laterales, por encima de los muslos desnudos, en el busto... Pero, qué picardía, sólo uno de ellos deshacía el intríngulis. Era un *body* con sorpresa, con su hilo de Ariadna y su laberinto... Emilia se explayó en mostrarme el problema, así que tuve tiempo y estímulos suficientes para atajarlo. De uno de los costados sobresalía una especie de cenefa más oscura que el resto, bordeando toda la prenda. Vacilé. O ése o ninguno... ¿Y si fallaba?

Envalentonada y decidida a ganar la apuesta, tiré del lazo con fuerza y, efectivamente, la prenda entera se le desprendió del cuerpo como por ensalmo. Salvo las medias de color rojo Burdeos engalanando sus piernas secas, Emilia quedó casi tan desnuda como yo. Pero una nueva e inesperada sorpresa me aguardaba. Mientras yo estiraba del lazo salvador, ella se volvió de espaldas para ocultarme sus ansiadas delanteras. Seguidamente, flexionando las piernas, se puso a cuatro patas, como una gatita juguetona:

-Aquí me tienes, Leo. Demuéstranos lo que llevas aprendido. Hazte digna de nuestra cofradía...

Era todo un reto. Había superado la primera prueba, pero ahora venía la segunda, mucho más consistente. Fui capaz de aguantar el delirio que me provocaron en los pechos y después resolví el laberinto del *body* de Emilia. Sí, me estaban probando las muy pillas como si aquello fuese una ceremonia iniciática, y ahora tenía que mostrarme como ellas tomando la iniciativa. Primeramente, me despojé de la faldilla, no estaba bien ir más vestida que Emilia. Después me atreví a quitarme los guantes, dulce esclavitud, pero, al fin y al cabo, molestos. Ella volvió la vista y pareció complacerse con mi acción. “Mira, Luisa”, le dijo, “mira qué musgullo tan tentador el de Leo. Tan débil como el de una adolescente en flor, cómo haces para conservarlo así, perdida...”

Sus ojos mostraban el lustre de la lujuria. Las nalgas de Emilia, lo único destacable en tamaño sobre aquel cuerpo enjuto, comenzaron a moverse en un pando incitador. Tenía los codos y los antebrazos apoyados en la alfombra, las mejillas igualmente, y se las empezó a rozar contra el suelo como un felino en celo... Me eché suavemente sobre ella y la cubrí con mi cuerpo. Luisa nos observaba con todo el esplendor del suyo abierto de par en par, también se había despojado del juboncillo. Sólo nos quedaban puestas las medias, y a ellas, además, los pendientes. Qué suavidad entre mis manos, al fin libres, qué chispas brotaron al recorrer su piel a lo largo y ancho de aquel cuerpo lleno de justezas, mujer contra mujer, ahora comprendí mejor su delirio. Me acoplé sobre ella contra las nalgas, amarrada de sus pechos casi ausentes. Nos movimos en vaivén, adelante y atrás como dos remeros de un bote fantasma

bogando sobre las olas encrespadas de nuestra pasión ardiente, mis mejillas contra sus espaldas, a proa y a popa sin parar. Del esfuerzo, comenzamos a rezumar un sudor incipiente. Luego bajamos el ritmo lentamente, así que aproveché para alargarme y buscar su rostro. Enfrentamos nuestras mejillas floridas por el acaloramiento, luego los labios, y entonces nos perdimos en dulzuras embriagadoras. Cuando nos soltamos, provoqué la locura de Emilia deslizándome mis pechos a lo largo de sus espaldas. Yo también tenía perdido el juicio, íbamos bien, estaba aprobando mis asignaturas con buena nota. Cómo caían ambos a plomo sobre ella, yo los sentía colgantes tirando con fuerza de mi cuerpo. Los pezones me tomaron largura y consistencia con aquel roce maravilloso. Nos arrullamos, resultó espeluznante, ambas estábamos con la carne de gallina y los pelitos de los brazos tiesos, como los gatos desafiantes... Sobre las pálidas espaldas de Emilia quedaron marcados un par de surcos sonrosados. Yo continué embebida en ella, con la boca bien abierta para tomar mejor el aire, las ventanillas de la nariz desplegadas igualmente y la mirada perdida. Por eso casi no me di cuenta de su maniobra, pues de repente me la encontré cara a cara. Cuando menos lo esperaba, Emilia se había dado la vuelta solicitando atenciones en otras partes, de modo que la encontré tendida sobre el suelo, expectante, sudorosa, con la respiración hecha de suspiros... Luisa aprovechó para situarse frente a mí, detrás de la cabeza de Emilia. Finalmente, tuve al alcance de mis ojos el objeto tan largamente ansiado, la leve prominencia de las postrimerías del bajo vientre de Emilia. Como una duna sahariana en medio de la llanura desértica, así aparecía su montículo de Venus. Y en la misma cima, el nacedero del antro femenino, nada más que un leve surco sobre la palidez del terreno. De momento, sólo mostraba las sombras de la foz misteriosa en los inicios de su recorrido...

Mientras yo disfrutaba de la incipiente visión, ellas ya estaban distraídas sus labios en el dispendio de cálidas dulzuras. No me importó en absoluto, no había celos de ellas para mí. Al contrario, sus besos calmaron mis ansiedades. Emilia abrió entonces los muslos y pude gozar así de toda su panorámica. A ambos lados aparecieron ahora un par de cornisas arreboladas por la excitación, tan calvas como el resto del territorio. En el centro, la falla de la carne se hundía en abismos de misterio, incitándome a que me arrojara en sus profundidades para así descubrir los bien guardados secretos albergados en el interior...

Me acerqué, atraída irremisiblemente por el encanto y la llamada de aquella gruta desolada. Enseguida llegó hasta mí su aliento inconfundible. Podría haber sentido algún reparo por tratarse de una semejante, pero en absoluto fue así. Las formas, su fascinadora alopecia, las emanaciones, su aire infantil, todo llamaba a desvelar y disfrutar sus más recónditos primores... Todo eran alicientes para explorar las interioridades de Emilia. Qué emocionante, cómo se le movían las piernas a resultas de sus acaramelamientos con Luisa. Estaban embebidas la una en la otra y yo a punto de allanar los

secretos ocultos del propio sexo. Cuántas mujeres carecen del menor conocimiento de sus adentros, yo misma hasta aquel día... Pero, ya estaba rozándola con las mejillas mientras tenía este pensamiento. Qué tacto tan primoroso, qué aromas. Deslicé mis labios sobre los otros, guardianes de tesoros y ladrones de mis gozos. Los besé, los recorrí con la lengua. Qué escalofríos sentí ante el pórtico de aquel templo animal consagrado a lo femenino. Estaban tibios. Tuve valor y los eché a un lado con mis dedos alterados. Obedecieron. Profundicé con la lengua y empecé a notar un calorcillo de lo más gratificante. Percibí un sabor salino. Qué latidos los de mi corazón, parecía que fuera a saltarme del pecho. Di con humedades deliciosas. Qué tacto, aún más blando que el de mi lengua. Continué explorando aquellas oscuridades, lamiéndolas engolfada. Qué ayes tan quejumbrosos los de Emilia, pero es que Luisa tampoco la soltaba. Además de tenerla amarrada por la boca, le estaba obsequiando los senos. Ahora parecían haber despertado y se mostraban como los de una mocilla. Los pezones no, éstos sí que la delataban, larguísimos y oscurecidos, se me antojaron cómicos, un par de antenas. Emilia no sabía dónde echar las manos, si al aire, a sus caderas, o agarrarme del pelo. Salí de allí para tomar el respiro que me faltaba, mientras ella se retorció como una endemoniada. Luisa también la tuvo que soltar, y entonces nos miramos. Qué caras las suyas, yo no podía verme, pero seguro que también debía tener una expresión semejante. Ahora vino lo mejor, porque pude contemplar a cielo abierto toda la oculta anatomía de Emilia, su secreto mejor guardado...

Sí, allí estaba materializada la más pura esencia de su ser mujer, el atractivo natural de nuestro género, el sumidero de las pasiones de la humanidad, la sima donde todo comienza y acaba. Mientras Emilia se recuperaba por unos momentos de sus deleites, permaneció abierta de par en par, mostrándonos todas sus formas y fulgores. Me quedé extasiada contemplándola. Fue como un descubrimiento inesperado, porque ella, abandonada a sí misma, hizo todo lo que estaba a su alcance para mostrarla en pleno auge. Sí, allí estaban los pliegues del portal abriéndose por sí solos, y dentro sus hechuras de venera teñidas de grana encendido, relucientes por la excitación, desplegándose con tímidos aleteos, palpitantes, evidenciando los fuegos internos de su dueña. Y dentro, el profundo pasadizo que no había sido pensado para nosotras. Su cuerpo se hundía allí en un abismo insondable para las mujeres, incluso para las íntimas, para nosotras mismas en aquellos momentos supremos... Entonces, ¿qué nos quedaba?, me pregunté. No, no podemos penetrarnos, es evidente. Me sobrevino cierto sentimiento de impotencia, no lo ocultaré. Pero, justo en esos instantes, nuestros ojos se encontraron de nuevo, los de Emilia y los míos. Con ello, los tristes pensamientos que me embargaban se esfumaron de golpe. Aun así, ella no me debió ver suficientemente entusiasmada, parecía insinuar que me estaba perdiendo lo mejor, de modo que volví de nuevo al antro. Efectivamente, jamás había reparado en ello. Cielo santo, qué desconocimiento de nosotras mismas.

Rematando la abertura y a modo de dintel, algo llamó mi atención. Un saliente entre dos repliegues, una especie de diminuta semilla de cucúrbita. Sí, un orgánulo masculino, un penecillo incipiente refugiado en su abrigo que, a pesar de la atrofia, daba la impresión de desafiarme buscando pendencia conmigo, allí, desde su hornacina. Todo el conjunto semejaba una gran mariposa nocturna. Sí, abajo, las ninfas batían levemente sus alas mostrando premuras difíciles de soportar. Pero yo, extasiada y novicia, no fui capaz de comprender el mensaje ni las urgencias que evidenciaban. Emilia volvió a apremiarme con el fuego de su mirada, pero yo andaba paralizada contemplando aquel paisaje enternecedor. No sin cierta desgana la tomé por los muslos, pues no sentía sus prisas ni su desesperación. Además, me recordó a los hombres y sus urgencias intempestivas, aunque esto era otra cosa. Emilia me estaba sugiriendo que le hiciese una *pseudofellatio*, pero yo aún no podía comprenderlo. Qué supina ignorancia la mía, porque, en cuanto tomé aquella minucia entre los labios, se produjo un cataclismo general en todo su cuerpo. Esto ya estaba mejor, me sorprendí como una chiquilla de que el resultado fuera tan perturbador. Aunque no es otra cosa que un penecillo en miniatura y, pese a tratarse de una imitación, su sensibilidad se halla tremendamente exaltada. Además, qué superioridad la de sus efectos, lo noté bien erecto, con su delantera convertida en forma de diminuta bellota. “Sí, realmente somos andróginas”, pensé, “una razón más de superioridad frente a lo masculino”. Pero ahora no andaba yo para divagaciones, pues Emilia se estaba transformando en un volcán. Maravilloso verla patear contra el suelo. No podía ver su cara, pero debía ser de patíbulo. Qué frenesí de gozos la debían estar enloqueciendo, mucho más que antes y sólo con haberme centrado en aquella nadería de su cuerpo, verdadera pieza maestra de la anatomía femenina. Increíble lo que estaba descubriendo. Sus manos tiraban de mis cabellos como un jinete de las riendas sobre una cabalgadura desbocada. Así estaba ella, lanzada al galope y sin freno, y, a pesar de todo, silenciosa, ni siquiera se la oía respirar... Habría temido por Emilia si no fuera porque se estaba contorsionando entre mis manos, hasta levantaba estrepitosamente las nalgas batiéndolas arriba y abajo, que no podía hacerlo más. En medio de la convulsión vino Luisa a participar de mi acción. Le hice sitio y allí se juntaron nuestras dos lenguas y el orgánulo de Emilia. Fue el colmo de nuestros desvaríos. Y mientras, cómo nos tiraba a ambas de los cabellos, igual que un náufrago buscando asirse a la tabla de salvación... Sentí que me desmoronaba de nuevo, no podía soportarlo. Era demasiado para mí, desfallecí entre ellas en semejante tesitura. Lo último que noté fue cómo Luisa me atacaba por los labios. Entonces, todo mi cuerpo quedó invadido por el deliquio y perdí la conciencia, para sumirme todavía más en un mar de inabarcables gozos...

Aquella noche dormimos las tres juntas. Me fue difícil conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Había sido demasiada historia, vivimos demasiadas emociones en una sola jornada. Temía que llegase la mañana, y

con ella, nuestra despedida. Hubiéramos detenido el tiempo para hacer eterna aquella noche y no tener que separarnos jamás, pero el reloj del salón siguió dando las horas una tras otra, inexorable...

Al día siguiente, ya en la calle, la frescura del aire me contrajo el rostro mientras andaba junto a Emilia, las dos con los brazos cruzados sobre el pecho, camino de nuestras respectivas casas. Me movía como un autómata. Aunque era peor el frío de la soledad obligada que el de la calle, estaba tiritando en pleno mes de julio...

Yo cogí mi autobús y Emilia el suyo. Me estaba viniendo la llorera, lo noté, pero la reprimí como un hombre. Por primera vez en nuestras vidas nos vimos en medio de un ambiente hostil y no podíamos manifestar nuestro cariño con entera libertad... En la misma parada comencé a ser consciente de que ya no era la misma del día anterior, sino otra bien distinta. Una Leo nueva que, en adelante, debería apechugar con las consecuencias.

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la portada principal](#)

Creaciones Erotismo Fantástico